



MUESTRA DE APEROS DE LABRANZA EN SANTURDEJO



TEXTO: M^a Pilar Uruñuela Uyarra.

FOTOGRAFÍAS: Pepe Hernández.

En su casa de Santurdejo, José Luis Herreros Cárdenas tiene una colección de aperos de labranza y una serie de utensilios de la vida popular riojana que ha ido recogiendo, cuidando y conservando para mostrarlos.



José Luis Herreros, Santurdejo.



Es para tener en cuenta el trabajo que se ha tomado José Luis de recoger, limpiar, cuidar y conservar los distintos materiales etnográficos de su pueblo natal.

Estos aperos, herramientas y utensilios se han usado hasta hace poco tiempo. Yo misma lo recuerdo, cuando iba con mi familia a pasar el verano a Santurdejo, donde había nacido mi padre. Sin embargo, las generaciones posteriores nunca lo han visto y ni se imaginan para qué servía cada cosa. Los tractores y las cosechadoras no han existido siempre. Y antes de que éstos existieran, ¿cómo se hacía? Pues el hombre se las ha tenido que ingeniar para elaborar estas herramientas que le ayudaran para sacar de la tierra todo su provecho, que era de

lo que vivían. Siempre he visto a los hombres y a las mujeres trabajando, menos los domingos que, si alguien trabajaba en el campo se exponía a que le pusieran una multa.

Los labradores no estaban solos. Tenían la ayuda de los animales, que estaban enseñados para ello. También el hombre elaboró una serie de artilugios y accesorios para que los animales los usaran y así poder sacarles el rendimiento necesario. Nosotros, aunque ahora manejemos internet, vayamos en coche o nos operen con láser, todos venimos de ahí. Y gracias a la laboriosidad de nuestros padres y abuelos, hemos llegado hasta aquí. Ellos solo pensaban en trabajar y con el fruto de su trabajo nos han dado la posibilidad de salir adelante en la vida.



(56) vida rural II

Así eran todos. También los padres de José Luis y los míos, que eran amigos en el pueblo, desde su juventud.

José Luis tiene en su casa un merendero muy grande y ahí ha ido colocando, ordenadamente, toda clase de aperos, herramientas y objetos, en las paredes y también colgados del techo.

Pilar – Oye, José Luis: ¿todas estas cosas que se pueden ver aquí las han utilizado en tu propia casa?

José Luis - La mayor parte de ellas sí. También me han dado familiares, amigos y vecinos, pero todo es de Santurdejo.

P. - Bueno, ya sabemos que aunque sean piezas recogidas aquí, en toda la zona se usaban las mismas cosas, claro. Y esta pieza que tienes aquí es un trillo, ¿no?

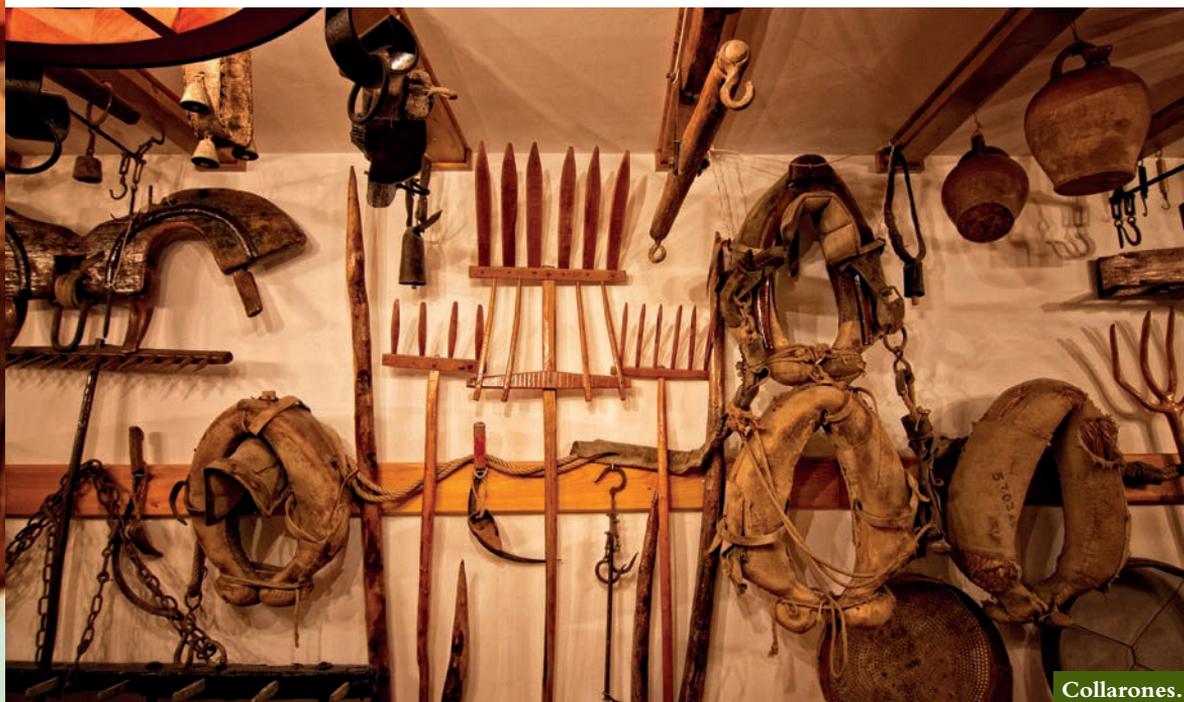
J. L. - Pues sí, se utilizaba en la era, para sacar los granos de trigo o de cebada y, de paso, cortar la paja en trozos. Aquí hay más cosas que se utilizaban para trillar: Se traían las haces atadas con vencejos y se repartían por la era. Se desataban y se extendían con la horca. Hacía falta una yegua, a la que se le ponía el collarón, las colleras y las cabezadas. Se le sujetaba la brícola, que tenía una anilla para enganchar el trillo. Había una tralla para darle a la yegua de vez en cuando. Y así estaba el animal dando vueltas horas y horas alrededor de la era, sobre la parva.

José Luis tiene en su casa un merendero muy grande y ahí, ha ido colocando, ordenadamente, toda clase de aperos, herramientas y objetos, que recuerdan las labores del campo



Piales, albarcas y chanclas protegían los pies.

P. – Sí, yo recuerdo a mi tío Pedro, sentado en el trillo, conduciendo al animal. A veces, nos dejaban a los niños montarnos un poco en el trillo, que era espectacular, moviéndose bajo nuestros pies. También recuerdo que hacían falta más personas, que daban vuelta continuamente a la parva con el horquillo. La labor duraba todo el día. Se comía en la era. Entonces venía mi tía Aurora con la cesta de la comida, tapada con un trapo y se comía a la sombra, mientras los animales descansaban. No podía faltar el barril con agua fresca, para saciar la sed que daba el trabajar con calor. Por la tarde se seguía con la labor. Y entonces, cuando les parecía que habían terminado con la trilla, con una rastra arrastraban la paja para colocarla en montones y se llevaba al pajar. Después, se iba arrastrando el grano con un rastro. Ahí era cuando te daban una escoba de berzo para barrer, siempre hacia dentro y sin arrancar la tierra. Primero te hacía ilusión, pero luego te dolían las manos de tanto darle. Los mayores ya sabían que había que poner el grano en un



Collarones.

montón alargado. Como ya era por la tarde y las eras estaban hechas en sitios estratégicos para que corriera el aire a esas horas del día, pues con las palas de aventar se alzaba el grano y la paja que iba quedando. El aire se llevaba la paja y el grano caía en el mismo lugar. Así, a fuerza de trabajo, se separaba el grano de la paja. Había que cribar el grano, para lo cual había que tener bastante gracia. Cuando ya estaba el trigo limpio, se medía con la media fanega y el rasero o con el celemín o el medio celemín. Se metía en sacos y se bajaba a casa, a guardarlo en el alto, para tener más cuidado de los ratones.

Oye, José Luis, volviendo al principio de la labor, ¿de dónde se traían las haces?

J. L. – Las haces se traían del campo. Antes de amanecer venían los bueyes de pastar en el monte. Sus dueños sabían que llegaban porque distinguían el sonido de sus cencerros. Yuncían la pareja de bueyes con el yugo, que se suje-

taba al carro. Como todavía era de noche, se ponía un farol con una vela en el carro. Había que preparar éste con cuatro zarras, dos a cada lado. Tenían forma de Y. Se sujetaban al carro y en los dos pinchos superiores se clavaban haces y así ampliaba su capacidad de transporte. Se llevaba un horcón con dos ganchos para cargar las haces en el carro. A veces, el término donde tenían que ir a acarrear quedaba lejos.

P. – Cuando iban al campo a recoger las haces, éstas ¿ya estaban preparadas?

“ “ Las haces se traían del campo. Antes de amanecer venían los bueyes de pastar en el monte. Sus dueños sabían que llegaban porque distinguían el sonido de sus cencerros ” ”



La zoqueta evitaba cortes en la mano con la hoz.

J. L. – Sí, cuando el cereal estaba en su punto, antes de que el calor del sol abriera las espigas y se cayera el grano al suelo, se segaba. Esto se hacía con una hoz, que tenía que estar bien afilada. Para no cortarse la mano que no portaba la hoz, se metían los cuatro dedos, excepto el pulgar, en la zoqueta, de madera, que, si te fijas, tiene algunos tajos de la hoz y eso quiere decir que si no fuera por la zoqueta, los cortes hubieran ido a los dedos. Como la faena duraba todo el día, había que llevarse la comida en la alforja y la bota con vino. Después de segar, se hacían gavillas que se ataban con los vencejos.

P. – Sí, ya recuerdo a mi abuela Basilisa, en Ojacastró, que se reunía con otras mujeres en



la plaza y con un mascón, que era una gavilla de centeno que ponían a remojo en agua para que fuera flexible y con una habilidad extraordinaria hacían los vencejos, con dos nudos cerca de las espigas. Lo hacían tan rápido que no se apreciaban bien los diferentes pasos a seguir.

J. L. – Cuando los vencejos se desataban en la era, se guardaban para volverlos a usar en el invierno para ir a recoger berzas. Y después se reutilizaban de nuevo para prender la lumbre.

P. – Y ahora, volviendo a la era, ¿qué se hacía con el trigo que se obtenía?

J. L. – Una parte era para vender, otra parte para sembrar y otra parte para llevarlo a moler al molino y luego hacer el pan. En unas casas había horno para cocer el pan y también había hornos donde se llevaba a cocer. Antes de hacer el pan, se cernía la harina, con estos dos cedazos unidos sobre la tabla de cerner, y todo encima de la artesa. Cuando ya estaba la masa del pan hecha con harina y agua, se hacía pasar entre estos dos rodillos de la sobadera, para sobarla.

P. – Entonces, el trigo que se reservaba para sembrar era el que nos iba a dar el pan para el año posterior a este primero, en el que vamos



Para no cortarse la mano que no portaba la hoz, se metían los cuatro dedos, excepto el pulgar, en la zoqueta, de madera

a gastar el que hemos sacado de la trilla. No se parece nada a lo que nos quieren acostumbrar de la comida rápida.

J. L. – Así es. Antes de sembrar, había que preparar la tierra, arándola. Para ello había diferentes...

P. – Artilugios, diría yo.

J. L. – Se usaba la vertedera, el braván y un modelo de arado o aladro que, básicamente, era el mismo desde la época de los romanos. El difunto Colás los arreglaba. Esta maza que

ves aquí era para colocar las piezas y trabarlas en su sitio. Esto otro es el rejón para limpiar el aladro.

P. – ¿Para qué se araba la tierra?

J. L. – Para soltarla y que tuviera cuantos menos terrones, mejor, antes de sembrar.

P. – Y esta especie de parrilla grande con pinchos, ¿para qué es?

J. L. – Es una rastra y se utilizaba para envolver la tierra con el grano, después de sembrar.

P. – Yo recuerdo que una vez pasé aquí un tiempo en el invierno, cuando era pequeña y veía cómo mi tío Pedro se ponía en los pies unos piales, como éstos que tienes aquí de paño y unas abarcas o albarcas, hechas con llanta de goma y unas correas para sujetar los piales, porque entonces no se usaban todavía





Yugo.

las chirucas. También había chanclos de goma para la huerta y de madera, para andar por las cuadras y por el pueblo, con barro.

J. L. – Mira, esto es una máquina manual para picar remolacha o patatas. Y lo que hay debajo son dos tocineras para salar los jamones.

P. – Había campos de cereal, de patatas, pero además había prados, donde se llevaban a pastar las vacas.

J. L. – También se cortaba la hierba, con el dalle. Se llevaba al prado una colodra, que es un cuerno de vacuno, para guardar la piedra de afilar. La colodra se llenaba de agua para mojar la piedra de afilar. Para cuando el filo del dalle se iba engrosando, se llevaba este tipo de yunque pequeño, que se clavaba en la tierra y

con este martillo que tiene el borde superior curvado, se golpeaba el filo del dalle contra el yunque, para adelgazarlo.

Cuando ya estaba la hierba cortada, se recogía con el rastro.

P. – Para desplazarse al campo a trabajar se utilizaban los caballos y las yeguas, pero también se utilizaban los burros.

Cuando los vencejos se desataban en la era, se guardaban para volverlos a usar en el invierno para ir a recoger berzas



J. L. – Pues sí. Aquí puedes ver el equipo de los burros: el basto, la cincha y la salma.

P. – También tengo yo una salma y me he fijado en ella y me parece un artilugio muy complicado, porque las maderas tienen formas curvas y no me parece nada fácil de hacer. Ahora hemos perdido su necesidad y además hemos perdido a las personas que las sabían hacer. Me dijeron que en Santurdejo había tres carpinteros al mismo tiempo, cada uno especializado en una tarea.

J. L. – No hemos hablado de las huertas, que daban y siguen dando mucho trabajo.

P. – Ahora nos damos cuenta que antes, la agricultura ecológica era toda la agricultura y que no se compraba nada y se aprovechaba todo.

J. L. – Así era. Aquí puedes ver un horquillo para sacar la basura de la cuadra y echarla a la angarilla y esta especie de horquillo, que se llama arpa, para descargar la basura en el campo.

P. – También tienes aquí utensilios para diferentes usos domésticos: la plancha que se calentaba con carbón o ascuas dentro, el candil de aceite o sebo para alumbrar, la romana para pesar, la mesa para salar los jamones, el seso para arrimar los pucheros a la lumbre, el molinillo manual de café; la llar, que son estas candelas para colgar las calderas sobre el fuego. Y no me quiero olvidar del conjunto de elementos para calentarse en la mesa camilla mientras se hacían las labores: el brasero, la alambarrera, el badil o badila y las tenazas.

Todavía me acuerdo de un señor, de nombre Vicente, que traía una lámpara de carburo, como ésta que tienes tú, para jugar al “bote” en las fiestas.

José Luis: Quiero aprovechar la oportunidad para darte las gracias por todo el cuidado que has puesto para tener esta colección en tan buenas condiciones. A las personas que han usado estas piezas y las vean, les vendrán los recuerdos de la manera en que se vivía antes y la forma de trabajar. Estoy pensando que la sociedad industrial sacó de la tierra a los labradores que, aunque vivían con muy poco, el campo y el monte daban de comer a todos. Ahora, esta sociedad industrial ya no necesita a todos, pero ahora es difícil volver al campo y vivir de él.

Gracias, José Luis.

Collar de campanillas para los mulos.

